

Fragmentos, trozos, detritos y ripios

Tefra

VIVIANA TROYA

Laguna Libros, Bogotá, 2021, 115 pp.

¿QUÉ ES “tefra”? me pregunto al tomar por vez primera este libro, ganador de la Beca para la Publicación de Obra Inédita 2020 del Ministerio de Cultura. El dibujo de Bernardo Ortiz en la carátula –pequeños trazos irregulares de tinta azul sobre un fondo blanco– aviva aún más mi curiosidad. ¿Es Tefra el nombre de un personaje o de un lugar? ¿Será acaso una palabra inventada o una marca registrada, como el teflón de las sartenes? Tendré que esperar a llegar a la página 110 de 115 (en el diccionario de la Real Academia no hay una entrada que corresponda a “tefra”), para enterarme de que se trata de un sustantivo proveniente de τέφρα, “ceniza” en griego, y se refiere a la variedad de partículas que salen de los volcanes durante una erupción y se solidifican al contacto con el aire. Una palabra interesante y un título bien escogido, pues *Tefra*, el libro, es precisamente eso: una colección de fragmentos disímiles, solidificados en el lenguaje y con un mismo origen. *Tefra* es también el primer libro de una joven artista de Pasto que se formó en la Universidad de los Andes, en Bogotá, y en el Royal College of Art, en Londres. Antes de incursionar en la escritura de este libro, Troya había comenzado a hacerse un nombre en el ámbito de las artes plásticas.

El libro está compuesto por 60 textos breves, todos titulados haciendo referencia al volcán Galeras y casi siempre atravesados por su presencia e influjo. El texto de la contracarátula expresa perfectamente el espíritu de *Tefra*, a lo mejor porque se trata de un libro ordenado rigurosamente por la noción del volcán como materia, símbolo y metáfora:

Los relatos de *Tefra* surgen del volcán Galeras y muestran la vida en la zona de riesgo. Los personajes y sus relaciones son forjados por un territorio expuesto a erupciones, avalanchas, gases y sismos. Habitan un lugar donde todo se agrieta.

Pero no todos los textos que componen *Tefra* son relatos. “Infrasonidos”, por nombrar uno, es más bien un listado de objetos e imágenes, y “Mentiras en un período de tres semanas”, por nombrar otro, son apuntes de idéntica sintaxis dispuestos en una columna sin puntuación.

La calidad de los textos es irregular, con muchos altibajos. Frases de torpe factura como: “Bajaste la mirada, y con tus ojos las cosas en tus manos se cayeron también” (p. 8), o “[...] el tiempo que no es más que un celular descargándose en tu bolsillo” (p. 59), coexisten con otras muy bellas como: “[...] no hay nada que temer, los volcanes son rupturas que necesitamos, sus erupciones nos recuerdan las cosas que están adentro” (p. 113). El fenómeno se repite en el andamiaje de los relatos. “Miedo a los fosfenos”, por ejemplo, tiene una tensión muy bien lograda al principio, pero una página adelante se viene abajo por exceso de lirismo, desembocando así en un decepcionante desenlace. Otro caso curioso es el de “Microfisuras”: dos páginas acerca de una masilla selladora llamada Flexcover, escritas con el mismo estilo soporífero que podría uno encontrar en la caja de instrucciones del producto o en la página de internet de la compañía que lo comercializa. En *Tefra*, la variación es la única constante: “En el borde”, “Mister pollo” o “Una curva ligera y perdida” son apuntes muy personales, intimistas, y se apartan de la sombra casi omnipresente del volcán que cobija a los otros. De ahí la impresión de que no ha habido una selección de textos, sino una recolección de todo tipo de material, sin preferir unas formas sobre otras.

El escritor Juan Cárdenas señalaba, en una presentación virtual del libro, que *Tefra* pertenece a un género al que denomina “libro de artista”. Según él, la aproximación al lenguaje de los artistas es diferente a la de los escritores. Puede que esté en lo cierto; al fin y al cabo los textos que conforman *Tefra* surgieron del proceso de investigación de Troya para su tesis de maestría en artes, que tuvo como resultado la instalación llamada *A Wall*: una pared en una galería en Londres con la misma temperatura de la casa de sus abuelos en Pasto.

Libro de artista. Me gusta la idea, así como la de “libro collage”, “libro almacén” y “libro almanaque” que empleó Julio Cortázar para nombrar obras suyas en las que mezcla de todo.

Pienso en *Vuelta al día en ochenta mundos* y en *Último round*, del argentino, tan raros en el buen sentido de la palabra, hechos con textos disímiles, cuentos y poemas, ensayos, recortes de prensa, ilustraciones y fotografías. Hoy en día ese formato fragmentario y heterogéneo está en boga, quizá porque responde muy bien a la naturaleza de los tiempos que corren, como es el caso de *Tefra*, pero no deja de extrañarme que Troya, siendo artista, no haya incluido una sola imagen en su libro ni haya dejado un camino distinguible entre su obra escrita y su obra plástica.

Entre la gran variedad de textos que componen *Tefra*, los hay para todos los gustos. Yo me quedo con “Un millón de años”, en donde la narradora les pregunta a sus familiares cómo pueden estar seguros de que el volcán nunca les hará daño. “Hubo miles de guerras, de muertes y nacimientos”, le dice su madre,

[...] cambiamos de idioma, de dioses y direcciones; fuimos resguardo, cabildo, colonia; fuimos nada, fuimos la capital; fuimos de Quito, fuimos de Popayán, fuimos de un lado y del otro; fuimos una patria, fuimos cuatro patrias nuevas; fuimos indígenas, campesinos, y mestizos; e hicimos un carnaval, hicimos olvido, hicimos libertad; y movimos la ciudad de lugar, movimos el aeropuerto de lugar, movimos el río de lugar... Mi amor, no te imaginas cuánto es medio siglo. (p. 25)

A lo que comenta la narradora:

Es verdad, yo no me lo puedo imaginar, y yo le creo cuando dice que en toda la historia de esta casa el volcán nunca nos ha hecho nada. Pero el otro día descubrí que el volcán tiene un millón de años. *Un millón años*. (p. 25)

Celebro la manera en que Troya asume una perspectiva telúrica del tiempo y desde allí considera el parpadeo de la historia humana. En ese sentido, *Tefra* es, en sus mejores momentos, una invitación a asumir la cultura humana como parte del entorno natural y un llamado a reconocer la incidencia del paisaje en nuestros estados psíquicos y emocionales.

Santiago Cepeda